



Christiane Nord: «El significado es lo que nos da el diccionario, mientras que el sentido es lo que se forma en las mentes de los receptores»

La gran filóloga y traductora alemana Christiane Nord sufrió las consecuencias del confinamiento por la COVID, pero también le encontró beneficios. Defiende a ultranza el trabajo del traductor profesional y sostiene que, en la traducción electrónica, las máquinas solo ven el significado, «pero nosotros pensamos en el posible sentido que algo puede tener para el público destinatario».

.....
| Por Héctor Pavón

¿Cómo fue su experiencia de participar en el III Congreso Universitario de Formación en Traducción e Interpretación que organizó la carrera de Traductor Público de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en plena pandemia?

La pandemia ha cambiado todas mis actividades docentes: en vez de viajar por el mundo dando charlas y asistiendo a congresos, me quedo en casa delante de mis dos (!) pantallas, una con la presentación, y otra con las caras —en parte fijas, en parte «vivas»— del público. Después de un año de acostumbrarme a esta nueva situación, veo las ventajas: ningún vuelo largo, ningún desfasaje horario, menos huella de carbono, ahorro de dinero y, a veces, un público mucho más numeroso que antes. Pero lo que realmente me falta son los aplausos, las conversaciones en las pausas, el vinito con las amigas y los amigos de muchos años y nuevos, y todo el ambiente de un gran congreso. Para mí, a mi edad, supongo que será la nueva normalidad.

En su ponencia, usted se pregunta «¿Qué es lo que traducimos? Significado, función, sentido». Es una pregunta que puede interpelar diversos campos. ¿Puede relacionarse con la función «creativa» del traductor?

Sí, claro, la creatividad no se excluye para nada. Pero antes de dar riendas sueltas a la creatividad, hay que analizar concienzudamente y «de arriba hacia abajo» (*top-down*) las condiciones que determinan los cauces en los que debe desarrollarse la creatividad: las condiciones



situacionales, es decir: la *pragmática*, que incluye el encargo de traducción y todo lo que sabemos sobre las funciones comunicativas que debe lograr el texto traducido; las normas y convenciones de comportamiento, es decir: la *cultura*, que rigen las expectativas y las maneras de comprensión e interpretación del público destinatario; y las normas del *lenguaje*.

¿Todavía se le pide al traductor que mantenga inalterable el significado de un texto cuando lo pasa a otro idioma? ¿Por qué cree que ocurre esto?

Este era precisamente el tema de mi ponencia. Puesto que son los respectivos receptores los que deciden sobre el *sentido* que cualquier texto tiene *para ellos*, no importa si se mantiene inalterado el significado de las palabras



Christiane Nord: «El significado es lo que nos da el diccionario, mientras que el sentido es lo que se forma en las mentes de los receptores»

y estructuras lingüísticas del texto fuente. El significado es lo que nos da el diccionario, mientras que el sentido es lo que se forma en las mentes de los receptores.

Esas tres palabras (*significado, función y sentido*), ¿suelen prestarse a confusión?

Sí, con excepción del concepto de función. Por eso empecé mi presentación con un vistazo a los diccionarios, que las definen una por la otra: el significado es el sentido que tiene una palabra, el sentido es lo que significa. Sin embargo, la función es el propósito para el que sirve un texto, no el «por qué», sino el «para qué» de un texto, lo que vale igual para el texto fuente como para el texto traducido, ya que ambos funcionan en situaciones a veces totalmente distintas. Piensen en la Biblia, pero vale también, hasta cierto punto, para cualquier otro texto.

Quería preguntarle qué significa esta proposición citada en su presentación: «Las finalidades, o “funciones pretendidas”, no son inherentes en un texto. Los receptores las atribuyen al texto en el momento de la recepción».

Como receptores tratamos de encontrar sentido incluso en instrucciones de uso malísimas, utilizando todas nuestras experiencias y nuestro bagaje tecnológico, nuestros conocimientos del mundo, de nuestra (!) cultura... para que nos sirvan para usar el aparato en cuestión. Son solo los traductores los que leen un texto no solo palabra por palabra, sino también letra por letra, quebrándose el cerebro sobre lo que «quiere decir» algo.

¿Los factores que determinan el significado y el sentido varían de acuerdo con qué condiciones sociales, culturales, históricas?

El significado que ofrece el diccionario parece estable, pero esta es una ilusión. Porque lo que pasa con este significado al convertirse en sentido en nuestra mente depende de nuestros conocimientos previos, nuestras experiencias, nuestra impronta cultural, etcétera. Un ejemplo: Leemos en el diccionario que *roofs* significa «techo». Si en una cultura mediterránea los techos suelen ser llanos, los niños juegan en el techo, se cuelga el lavado en el techo, etcétera, esto no tendría sentido para una persona en cuya cultura los techos son puntiagudos, con tejas rojas, donde sería imposible jugar o colgar el lavado.

¿El cliente está «educado» para no exigir una traducción que respete el original palabra por palabra?

Muchos clientes no lo están todavía. Pero cada uno de nosotros puede (y debe) contribuir a que lo estén. Mi hija, por ejemplo, que trabaja como traductora independiente, ha «educado» a sus clientes a que confíen en su competencia, ya que han visto que ella les proporciona traducciones que «funcionan».

¿La globalización, el siglo XXI marcado por la tecnología, las innumerables formas que tenemos de comunicarnos hoy han creado o incentivado una audiencia, un receptor o lector más exigente que afecta directa o indirectamente al traductor?

No creo que los lectores o receptores sean más exigentes, desgraciadamente. Mi impresión es que, al revés, la avalancha de textos mal escritos (o mal traducidos, quizás por sistemas automáticos) lleva a que cualquiera acepta lo que ella o él piensa es el «uso» general. Esta situación efectivamente afecta al traductor en que le incentiva a enfatizar su USP (*unique selling point*) o argumento exclusivo de venta frente a las máquinas: nuestra competencia es saber qué decir, cómo, en qué situación, para quién y para qué propósito. Las máquinas solo ven el significado, pero nosotros pensamos en el posible sentido que algo puede tener para el público destinatario.

¿Qué especificaciones nos debe dar un cliente cuando nos encarga una traducción? ¿El cliente sabe expresar lo que quiere?

Cuanto más, mejor. También es algo que los clientes deben aprender. Recomendé a mis alumnos orientarse por los factores «extratextuales» o situacionales de mi modelo de análisis textual pretraslativo, mediante una fórmula acuñada por Hermágoras de Temnos en el siglo II a. C. y «reinventada» por el norteamericano Harold Dwight Lasswell: *¿quién [quiere comunicar] qué, cuándo, dónde, de qué modo, empleando cuáles instrumentos?*

¿Qué características tiene o debería tener un traductor del siglo XXI que debe enfrentarse, entre otros, al cada vez más exacto traductor electrónico?

Tiene que convencer a sus clientes de que hay propósitos para los que sirve una traducción automática más rápida y menos costosa que cualquier traducción «humana», pero que hay otros propósitos para los que necesitan una traducción hecha por un experto o una experta en comunicación intercultural que sabe leer entre las líneas y que conoce los «puntos ricos» y las trampas que necesitan una mediación cultural.

Justamente, el uso (y abuso) del traductor electrónico produce errores y horrores en muchas traducciones que vemos públicamente (libros, películas, publicidades, etc.). ¿Cree que ha bajado la conciencia respecto de la necesidad del traductor experto?

Después de algunos fracasos económicos debidos a una mala traducción automática, los clientes ya aprenderán lo que vale un traductor experto. No he perdido aún la esperanza... (y sigo trabajando como misionera del funcionalismo).

¿Qué debates que usted considere interesantes se están dando en el mundo de la traducción?

En la profesión, se ha creado el concepto de «transcreación», por la que se puede cobrar más que por una «traducción normal». Yo diría que el funcionalismo incluye todas las formas de traducción que sean necesarias para lograr un determinado propósito: desde la traducción palabra por palabra (por ejemplo, para fines de estudio) hasta la transformación creativa (es decir, transcreación, por ejemplo, para fines de *marketing*), con numerosas formas intermedias entre estos dos polos, según lo demande el encargo.

Una década atrás le pregunté si había habido unificación de criterios para el desarrollo profesional del traductor en la Unión Europea, y usted me dijo entonces que existía, pero de forma parcial, especialmente porque las universidades tenían cada una un sistema distinto. ¿Cuánto se ha avanzado para esa unificación de criterios académicos profesionales?

Lamento que ya no esté al tanto sobre la situación actual. Para un traductor funcional, la diversidad de criterios no debería ser un gran problema mientras sean transparentes y se formulen claramente en una especie de encargo de traducción.

↓ Biografía de Christiane Nord

Christiane Nord es traductora de alemán, español e inglés y doctora en Filología Románica, posee una habilitación en Traductología Aplicada y Didáctica de la Traducción, y es catedrática emérita de Traductología.



A partir de 1967, ha sido docente de teoría y práctica de la traducción en las universidades de Heidelberg, Viena, Hildesheim, Innsbruck y Magdeburgo (1996-2005). Ha sido profesora visitante en muchos países de Europa, Próximo Oriente, América, Asia y África. Ha escrito cerca de doscientas publicaciones sobre los aspectos teóricos, metodológicos y didácticos del funcionalismo traductológico. Desde 2007, es profesora extraordinaria de la Universidad del Estado Libre en Bloemfontein (República de Sudáfrica).

Obtuvo la licenciatura en Traducción (español-inglés) en la Escuela Universitaria de Traducción e Interpretación de la Universidad de Heidelberg, en 1967. En 1983, se doctoró en Estudios Románicos (Lengua y Literatura Española) y Traductología en la Facultad de Filología Moderna de la Universidad de Heidelberg, y en 1992 recibió la habilitación en Traductología Aplicada y Didáctica de la Traducción de la Universidad de Viena.

¿Cómo se han dado los cambios de la vida cotidiana del traductor profesional a partir de esta pandemia que todavía padecemos? ¿Han sido cambios de raíz? ¿Cómo la ha afectado a usted?

Aquí se cierra el círculo con la primera pregunta que usted me hizo. A los setenta y ocho años, quizás ya no viajaría tanto aun sin la pandemia, pero en los últimos meses he impartido numerosas clases, seminarios y charlas en línea, y espero que sigan llegando las invitaciones. Según me cuenta mi hija, la situación de las traductoras independientes no ha cambiado para peor, más bien para mejor: tiene muchísimo trabajo y solo le molesta el *homeschooling* de los niños... ■